

Buenos Aires, 22 de diciembre

Relato ganador del
I Premio Booket Universitario de Relato Corto

Martha Rincón

Estudiante de Filología Inglesa
de la Universidad Complutense de Madrid



Los expedientes acumulados sobre la larga mesa en pilas de diez en diez, en riguroso orden alfabético. El ventilador removiendo perezosamente el aire cargado de la oficina, y el calor, a las ocho de la mañana, se anuncia ya insoportable. Por encima del cartón, entre «Romero» y «Sacristán», colgada en la pared cochambrosa, la sonrisa sarcástica de Papá Noel, Santa Claus como le dicen los gringos; me mira, enfundado en su traje de terciopelo rojo y rodeado de bichos cornudos: «Feliz Navidad.» ¡Y quién puede pensar en Navidad con este calor del carajo! Dale, Santa, sí, reíte, total, vos no tenés que aguantar el ochenta por ciento de humedad y los treinta grados sobre cero de este maldito diciembre porteño, vos no tenés que preocuparte por la contabilidad, para eso están tus gnomos, para que se vuelvan locos con el inventario de regalos y boludeces mientras vos posás para la foto y decís en nombre de Gómez y Asociados: «Próspero año nuevo»; eso, próspero, prósperos vos y cuatro gatos más, porque los gnomos hacemos cuentas, agachamos la cabeza, decimos «Sí, queda claro, sí», y la prosperidad se queda donde siempre, con los mismos... Yo en mi próxima

vida quiero ser Santa Claus o, por lo menos, uno de sus renos, y posar para la foto entre la nieve, y luego quedarme tranquilito tomando chocolate caliente en el Polo Norte, donde hace frío y no este calor endemoniado; trabajar un día sí y el resto del año no, tomar chocolate caliente y salir en las tarjetas de Gómez y Asociados..., los «asociados» serán los renos, digo yo; ¿te fijaste que nunca dicen cómo se apellida el sujeto? *Noel Gómez, Claus Gómez, Claus Noel Gómez y Asociados les desean una feliz Navidad y un «próspero»* (¡qué humor ácido que tiene Santa!) *año nuevo*, ¿y lo de nuevo dónde se lo vieron?, porque yo todos los años los veo iguales, pero los renitos toman chocolate caliente, chocolatito y foto con sonrisa; yo lo que me tomaría ahora es un café, como el que prepara la flaca del bar de la esquina..., ¡la flaca!, ¡toda huesos y nada corazón!, y yo, ¡todo barriga y todo corazón!, corazón estúpido que se mueve a ritmo de samba lo mismo si subo tres escalones que si la flaca me mira y me pregunta «¿Qué querés?», ¿y qué voy a querer? Pero en la vida no es nomás lo que uno quiera sino más bien, y desgraciadamente, lo que uno pueda y yo, con la flaca, café, café nomás..., y habría que trabajar un poquito, ¡qué vida!, tanta gente, tantas deudas, tantos expedientes de impagados que revisar en esta oficina, ¡y tantas moscas, bicho! ¿De dónde salieron todas estas moscas?, ¡con este calor pegajoso y el maldito ventilador animando la convención de moscas! Estoy por agarrar a «Martínez» y repartir justicia; el día del Juicio Final *mosquero, moscardil, moscardero*, ¡qué se yo cómo se dice!, ¡justicia y orden ya!... Bien, bastante bien, ¿dónde habrán quedado las carpetas nuevas? Hay

que arreglar todo este desastre antes de que llegue el jefe; ya me lo imagino: «Palmas, ¿qué son estas manchitas en el expediente de Martínez?, ¿y todos estos bichitos en el piso? ¡Palmas, cuántas veces le voy a decir que en esta oficina el orden y la limpieza son fundamentales!», así, como lo pronuncia él: fun-damentales, fun-damentales; ya está, carpeta nueva, copiamos el nombre: «Martínez Martínez, José Alfredo — Adeudos 2000-2003», pasamos todos los papeles para dentro, carpeta manchada a la basura y no se nota nada; ni moscas, ni manchitas, ni zumbiditos hinchándome las pelotas, nada. La limpieza: «fun-damental», el orden: «riguroosamente alfabético» (sí, con «o» extralarga) y mi paz: «tranquila, sagrada», yo también voy a empezar a alargar las vocales como mi jefe, parece ser un símbolo de prestigio y de énfasis como me dijo muy bien un día mi señor jefe: «No sea pelotudo, Palmas, es una cuestión de énfasis.» Caafé, café, ¡mierda, no se puede alargar ninguna de las dos vocales! ¿Y cómo le doy énfasis yo para que la flaca vea que soy importante?, «¿Qué querés?» «Un caafé, flaaca, soy importante, no soy el jefe pero caasi, ¿viste?, un caafé; en importancia, justo después del jefe, estoy yo», ¡qué sabe la flaca si en la oficina sólo estamos el jefe y yo!, ¡pucha, las diez! Vamos a empezar: «Álvarez», a ver..., adeudos que datan de julio del año 1998 a mayo del 2003 ininterrumpidamente, ¡no pagó nunca una este pibe!, ¡qué ejemplo de constancia!; te jodiste, viejo: «Impago reiterado y prolongado (¡qué mal escribe esta pluma!), se aconseja traslado expediente a departamento jurídico»; y bueno, digo yo, bueno, también podría trasladar indiscriminadamente los archivos al de-

partamento jurídico, les largo las carpetas nomás y ¡feliz Navidad!..., como dioses viven en el departamento jurídico, con aire acondicionado en lugar de este ventilador de miércoles que tengo yo..., ¡en el Olimpo están los del departamento jurídico! Ramírez, Schneider, Tarquetti y todos los demás plomos, trabajan un día no y los demás tampoco, mejor que los renos, mejor todavía —si cabe— que los renos; cornudos como los renos, cuadrúpedos todos ellos, pero a diferencia de los primeros (de los renos digo, no de los otros cuadrúpedos), los del departamento jurídico tienen una nómina, de mierda..., yo prefiero reno. Decidido, dos expedientes al azar de cada letra hacen doscientos ochenta expedientes... Bien, vamos bien..., los metemos en esta cajita, la cerramos y escribimos en la parte superior de la misma: «Se ruega atentamente opinión departamento jurídico», ¿entendiste, Santa, lo que es un regalo? ¡Próspero Año Nuevo, Tarquetti! No creas que no te vi el otro día, muy sonriente con la flaca: «¿Me servís un café con leche, nena?; si no estás muy ocupada...» Hipócrita, con lo maleducado que es Tarquetti..., este calor me va a derretir las neuronas, puedo sentir cómo se me escurren por las orejas, se me están escapando del cerebro, gotean y caen por mis hombros, pasan al pecho y bajan hasta la barriga, lugar en el que se entretienen largamente, total, ¡tienen espacio para jugar y relajarse!... Ahora mis neuronas derretidas se deben de estar aburriendo en mi barriga, se aburren, no hay duda, empiezan a hacerme unas cosquillas que van gradualmente de ligeras a frenéticas, están frenéticas, podría incluso definir las como «histéricas», ¿qué hora es?, las doce, y claro, no son mis

neuronas, es hambre. Pero igual es muy temprano para salir a comer, y si llega el jefe y no me ve en la oficina ya lo oigo: «Palmas, ¿qué significa esto?, ¿nos volvimos locos de repente? Palmas, no olvide que terminar los expedientes es pri-mor-dial» (esta palabra consta de tres partes); para pronunciarla como mi jefe es necesario juntar las puntas del pulgar y el índice de manera que formen un círculo, los otros tres dedos deben quedar bien estirados, apuntando en dirección al sujeto receptor de la información, brazo relajado para que el movimiento fluya; a continuación, con cara de estreñimiento crónico, hay que efectuar tres movimientos hacia arriba y hacia abajo haciéndolos coincidir con cada una de las sílabas: «pri-mor-dial»... Sílabas se llaman las partes. La señorita Landeta se moría si me oye recordar lo que me enseñó, después de tanto tiempo y lo recuerdo todo, todo lo de la escuela, bueno, no exageremos, algo, lo recuerdo algo: al peludo Rodríguez, con esos tres pelitos que tenía en la cabeza, rubitos, finitos como pelusita, parecía un pollito malogrado, ¡el pobre, estaba siempre castigado y siempre por nuestra culpa!, y los zapatitos esos rojos de la señorita Landeta ¡qué feos que eran! pero a ella le encantaban, se los ponía siempre, uy, y el ruidito ese agudito que hacían con los pasitos esos cortitos, rápidos, que tenía, oíamos el tiquitiquitiqui por el pasillo y nos sentábamos corriendo, nosotros, que estábamos como animales en fiesta, nos sentábamos y poníamos cara de personas civilizadas, ¡y luego digo que Tarquetti es un hipócrita!, pero nuestra hipocresía infantil no disminuye en nada la hipocresía de bastardo de Tarquetti, la nuestra era espontánea, fresca, no rancia como la de

Tarquetti; nunca vi una foto suya de niño pero seguro que era horroroso, espantaba seguro, hacía llorar a las niñas seguro, y ahora: «Che flaca nena por aquí, che flaca nena por allá.» Lo odio a Tarquetti; y yo era guapo, era muy guapo de chiquito, ¡no sé qué habrá pasado!, no me lo explico; ay, y el recreo, ¡los alfajores que preparaba la vieja del peludo Rodríguez eran celestiales! Te podías comer quince, treinta, así de golpe, sólo si se acababan podías parar; los lagrimones del peludo y yo que no podía parar, quería, pero no podía, juro que no podía, ¡qué hambre!, yo ya no puedo más, o alimento mi barriga o muero para siempre... «Adiós, flaca, adiós, Santa Claus, adiós, che Tarquetti cornudo», te vi la propina que le dejaste a la flaca el otro día, hipócrita, si sos un avaro, sos un muerto de hambre, ¡qué hambre, yo me muero de hambre! Son las doce y media y hasta la una no es mi hora de comida, pero se acabó, me voy a comer, si los expedientes tienen que estar terminados para esta tarde, los termino, regreso de comer y les prendo fuego nomás, fuego purificador de las deudas del capitalismo salvaje; iba a salir en los diarios yo, iba a saludar a mi vieja en la tele desde el noticioso, mi foto en todas las primera páginas: SE ACABÓ EL CAPITALISMO. PALMAS PRENDE FUEGO A LAS DEUDAS DEL PAÍS; LA JUSTICIA DIVINA PERSONIFICADA EN UN HUMILDE TRABAJADOR, POR FIN LLEGA AL CONO SUR, y luego, una foto de la multitud; la vista aérea de millones de cabecitas festejando en la calle: EL GOZO DE LOS QUE NO PAGARON; ya lo estoy viendo, mi vieja llorando, la flaca colgada de mi cuello, la vieja del peludo Rodríguez localizándome a ver dónde vivo ahora para hacerme doscientos o trescientos alfajores, surti-

dos, porque los alfajores esos que venden no tienen ni punto de comparación con los de la vieja del peludo; y el bailarín de samba de mi corazón, ¿iba a aguantar tantas emociones? Parece que está de carnaval nomás, ¡qué exageración!, es autónomo, se mueve a su ritmo, y todo porque bajo las escaleras, y bueno «escaleras», cinco escalones, viejo, ¡y pensar que tenemos que vivir juntos toda la vida!... Qué linda que está la calle a pesar del calor infernal, ¡cómo queman los pies!, parece que en lugar de adoquines pusieron carbones al rojo vivo; hoy amanecí con el propósito de observar mi vocabulario, tus palabras configuran tu realidad, dicen: «Infernal», lo llamé al calor, mirá vos, yo ya estoy dudando, ¿y si el jefe de allá abajo —sí, ese que vos y yo sabemos pero que no voy a nombrar— está caldeando la ciudad para mudarse a vivir aquí?, ¡sonamos!, ¡el acabose!, ¡la tragedia!, ¡el caos!, o no, igual no, igual el cambio ni se nota, pero no es tan descabellado pensarlo no señor, porque este calor, un calor así de pegajoso yo no lo recuerdo, por lo menos, por lo menos, desde ayer (amanecí chistoso también)... Qué solitaria que está la calle, ni los pájaros quieren salir con este calor, se les funden las plumitas, se les derriten los piquitos, se les hunden los ojitos, ¡uy, qué cursi que estoy! Hoy se lo digo a la flaca, hoy le digo algo, y no una pelotudez cualquiera como las de Tarquetti, algo poético, algo inspirado, algo bonito, algo que le conmueva el corazón ese de mármol que tiene, porque aunque Tarquetti piense lo contrario, el mármol no se deshace así nomás con propinitas, pero claro, Tarquetti es un ignorante, no oyó nunca lo de que el dinero no da la felicidad, mi jefe, en cambio, sí lo oyó, su participación ac-

tiva en mi *felicidad* entendida desde esa perspectiva, es una prueba palpable —más bien prácticamente impalpable en este caso— de que mi jefe oyó muy claramente lo del dinero y la felicidad. ¡Propinitas a la flaca!, lo que necesita es que la traten con cariño, que le expliquen las cuestiones de la vida, la flaquita necesita una persona con cultura, con aplomo, alguien seguro de sí mismo como yo; no necesita buscar más la flaca porque ya encontró, no se dio cuenta todavía, pero ya encontró; hoy le digo algo, me acerco, la miro, le sonrío y le digo «Flaca...». ¡A la mierda!, por ahí viene el plomo de mi jefe, a joder, seguro.

—¡Palmas!, ¿nos volvimos locos? ¿Qué hace en la calle a estas horas?, ¿los acabó los expedientes?, ¿ya no le quedó ninguno por revisar?, ¿se acabó todo el trabajo de la oficina?

—Y bueno, algún expediente quedó.

—Pero ¿cuántos exactamente, Palmas, cuántos, cuántos? Regrese inmediatamente. Debería darle vergüenza, la cantidad de gente que se muere de hambre en las calles rogando a Dios que le dé laburo y usted, Palmas, se permite el lujo de poner su puesto de trabajo en la cuerda floja, en el borde del abismo. ¿Se da cuenta de la in-sen-sa-tez que está cometiendo?

Me doy cuenta de que está un poquito tenso, los movimientos del brazo no fluyen con la misma soltura de ayer, se habrá dado un golpe.

—Sí, señor, sí, me doy cuenta perfectamente.

—No sea boludo, Palmas, vuelva al trabajo. ¿Y adón-de, si se puede saber, se estaba dirigiendo?

En realidad no podría saberse pero va a *tener* que saberse porque si no, con lo estresado que está hoy,

no me va a dejar tranquilo, ¡pucha, con el hambre que tengo!

—Al bar de la esquina, a comer..., y pensé que igual no importaba, digo, si comía ahora y regresaba luego a la oficina a terminar los expedientes, digo, en el fondo es la misma cantidad de horas de trabajo, pensé que daba igual.

—Palmas, no sé si se percata, pero en el preciso momento en el que los empleados deciden lo que da igual y lo que no, rozamos pe-li-grosamente, escúcheme bien, pe-li-grosamente la anarquía, ¿se da cuenta, Palmas?, ¿sabe usted lo que es la anarquía?, ¿ha pensado que acciones como ésta son las que tienen al país hundido?, ¿faltan veinte minutos para la una! Regreese, regreese nomás, no me haga enojar ya más, Palmas.

Se jodió la visita a la flaca, las palabras bonitas, el café, las empanaditas que pensaba comer y todo, se jodió, pero ahora sí les prendo fuego a los expedientes, voy a quemarlos en riguroso orden alfabético, inverso, el buen cristiano cuyo apellido empiece por la Z que dé un paso al frente, *los últimos serán los primeros*, palabra del señor Palmas; yo soy un tipo tranquilo, soy un tipo pacífico, pero ya me sacaron de mis casillas, *todos* tenemos un límite, llego, saco el alcohol del botiquín de primeros auxilios y que las llamas tomen posesión de la oficina, no me importa nada, llego y lo hago..., *llego* no, no, más bien: *si* llego, ¡maldito calor!..., ¡malditas escaleras!..., ¡los incas nunca tuvieron que subir tantas escaleras para llegar a la cumbre de sus pirámides!..., ¡los aztecas tampoco, qué injusticia!, si me muero de desnutrición subiendo a la oficina lo voy a demandar a mi jefe..., pero mi vieja no sabe cómo de-

mandar y yo, si me muero, no puedo demandarlo, che bailarín, aguantemos por el bien de la demanda... alcaselzer, algodón, aspirinas, desenfriol, en esta oficina el orden alfabético es fundamental, no hay alcohol, ¡mierda, mieerda, mieeerda!, si hubiera alcohol debería estar entre el alcaselzer y el algodón, pero no, en esta oficina vivimos en la época de las cavernas con ventilador en lugar de aire acondicionado y, en cambio, desinfectamos las heridas con la última tecnología: «Desinfectante en spray, no produce picores, no inflamable»... ¡qué hambre!, actuemos en consonancia con la «modernidad» de la oficina, serenémonos, no hay aire acondicionado pero sí teléfono, si Mahoma no va a la montaña, que la comida venga a Palmas: trattoria Malpasso, hacen unas pizzas de espectáculo, especialmente la Diavola, es para desmayarse de lo rica que está, cuando le ponen doble ración de picante y aceitunas rellenas buscás al pizzero entre las lágrimas que te salen, ¿viste?, sudor y lágrimas, ambos líquidos fruto de la Diavola, y entre la nebulosa del picante, las lágrimas y el sudor, tu mirada busca al pizzero para decirle: «¡Che, Zacarías, sos un ídolo, sos un escultor del elemento redondo!», esto claro, cuando la pizza te la podés comer en la trattoria, pero cuando tenés un jefe con el carácter podrido como me pasa a mí, entonces las lágrimas te las tenés que absorber junto con el picante... Cuando acabe la Diavola pienso limpiarme las manos en algún expediente, es más, voy a usar a «Núñez» como mantel, y que venga luego mi jefe a preguntarme qué significan las manchas de tomate, Palmas aquí presente, ya cambió, ya no es el pibe bonachón y sereno de antes, le voy a explicar que esas manchas

son una alegoría de la explotación de un empleado honrado, que día tras día viene a cumplir jornada en la oficina, luchando contra las inclemencias climáticas —no como las princesitas del departamento jurídico—, yo, cada día me bato en batalla campal contra el mal gusto de la decoración de esta oficina, Noeles y renos, ¡habráse visto!, me desriño trabajo aquí, ¿y quién me lo agradece?, nadie. Sólo yo puedo saber con precisión el sentimiento que produce verse literalmente acosado por toneladas de papel y cartón infinito, digo bien, *infinito*, no se acaba de revisar nunca; que me distraigo a veces un poquito: verídico; que divago a veces un poquito: verídico; pero si yo tuviera un psicoterapeuta, yo sé que seguro, seguro, me diría que mis pérdidas de concentración son un mecanismo de defensa de mi psique; ese bien tan escaso y tanpreciado, eso que se llama «equilibrio psicológico», gracias a mi mecanismo de supervivencia yo lo mantengo... No se puede decir lo mismo de Tarquetti, aunque no creo que tenga «psique», Tarquetti es un cuerpo que Dios puso en movimiento para expresar el absurdo de la Creación; si el séptimo día Dios descansó, el octavo se aburríó, el Señor dijo: «Hágase el absurdo» y, ¡taraa!, surgió Tarquetti, un cuerpo en movimiento pero sin inteligencia visible..., y me pregunto yo, ¿para qué le da el Señor dinero a Tarquetti que luego —y esto lo sabe Dios sin duda— va a parar en propinitas?, ¿será una demostración de la Ironía Universal?, yo puedo ser un sacrílego pero también soy un creyente y sé muy bien que todas las cosas tienen un porqué... ¡Las dos!, ¡las dos!, no la una, ni la una y media, sino ¡las dos!, ¡ahorra sí que me volví loco!, ¿qué hago aquí regalándole mi

tiempo al enano de mi jefe?, que, por cierto, no sé qué se creyó últimamente que no pisa la oficina, si me percaté de algo es de que no pisa la oficina, aunque mejor, mejor, así evitamos presencias indeseables, ¡a comer!, y si me lo encuentro en la calle, como el hombre nuevo que soy, se lo voy a decir todo, lo de la hora de trabajo que le regalé, lo del mal gusto de la decoración de la oficina, lo del aire acondicionado que exijo, no pido, *exijo*; pero sobre todo, le voy a decir —caso de que tenga la desfachatez de preguntarme por los expedientes otra vez— que tengo una preguntita que hacerle, le voy a decir: «A-lie-na-ción, señor jefe, ¿sabe usted lo que es la alienación?», ¡de piedra se va a quedar! Si mi jefe suponía que yo no leo se equivoca; él a Marx ni lo oyó nombrar siquiera pero en cambio, yo..., mil ochocientas veces lo leí yo a Marx, lo que pasa si no lo cité antes es que, como ya dije, soy un tipo pacífico, pero ¡qué culturón que tengo!... En mi utopía, digo, si nos vamos a poner filosóficos antes de comer creo que puedo describir mi utopía; en mi utopía, coincidimos el jefe y yo en el bar y es exactamente en ese lugar y en presencia de la flaca donde le digo yo (a mi jefe, lo de la flaquita se lo digo en privado) todo lo que venía pensando; Tarquetti puede estar de fondo, escuchando con los ojos y la boca abiertos en perplejidad, con la mente en blanco por supuesto, totalmente en blanco, claro..., y si la flaca me escuchara se caía redonda, porque la cultura a las mujeres las impresiona, ¿viste?, tranquila, flaquita, ya llego, soy un hombre nuevo, hoy voy un poquito tarde pero ya llego, ¡la pobre!, se estará imaginando que me pasó qué sé yo qué, ya llego, ya llego... ¡El cataclismo!, ¡no tengo pala-

bras!, ¿qué?, no hay palabras, los diccionarios se quedaron con una sola, *la* palabra DANTESCO; ¿QUÉ hacen el jefe y la flaca?, ¿en la misma mesa!, ¿por qué sonrío la otra, qué es lo que le causa tanta gracia?, mirá vos, teniendo la corte entera la flaca escoge bufón, y le gustaron los bufones a la flaca..., pero yo les prendo fuego a los expedientes, ahora sí les prendo fuego..., ¡ja!, ¡te jodiste, che Tarquetti!, tus propinitas cayeron en saco roto, ¡qué placer insospechado!, ¡con lo tacaño que es Tarquetti!, ¡cuando se lo diga!, ¡no puedo esperar a ver la cara que pone!, decidido: primero una Diavola donde Malpasso (yo al bar de la flaca no entro más), luego la cara de imbécil de Tarquetti y luego las llamas devoradoras; se perfila una tarde perfecta.

